zar la Germania; era el único medio de contener la inundacion de bárbaros, que hacia tantos siglos se lanzaban del Asia á la llanura septentrional indefensa, y la introdujo en la sociedad, llevando á cabo, por medio de la fuerza de la palabra y la propagacion de las ideas, lo que no habia podido conseguir la Roma gentil por medio de las armas, conquistando sus inermes misioneros, lo que fué inconquistable á las temidas legiones y á los celebrados cónsules: haciendo los pontífices lo que fué imposible á los emperadores, fundaron en ellas ciudades, enseñaron la agricultura, promulgaron una ley de moralidad individual y de perfeccion doméstica. La Roma cristiana, más ambiciosa de conquistar las almas y de poseer las inteligencias, que la gentil de avasallar ciudades y destruir imperios, consigue en el año mil, hacer cristiana la mayor parte de la Europa. La Suecia es la última en someterse al suave yugo de la cruz.

Los nuevos reinos piden para constituirse la bendicion de Roma, prestándole voluntariamente un homenaje que legitima su poder, libertándole de pretensiones rivales. De esta manera el sacerdote domina por la doble clientela de la fé y del interés. Si la Iglesia no puede estirpar las guerras inhumanas de entre los cristianos, al menos hizo mucho para conseguirlo, y tuvo el consuelo de ver pueblos feroces y sin freno, someter algunas veces sus gestiones al fallo pacífico de su pon-

tífice: Roma dió fin á las invasiones apegando los bárbaros al terruño donde habia elevado el altar y el episcopado: enseñó á cultivar la tierra, á respetar la vida del hombre, á amar la catedral y el convento, que se convirtieron en patria, en focos de civilizacion, en modelo de poderes gerárgicos, y en escuelas de instituciones sociales. Obra inmensa de la palabra, poder mágico de la religion, que triunfa de la ignorancia y de la fuerza bruta, resiste el poder tiránico y hace hermanas las naciones. El pueblo, que no se engaña en sus simpatías, se vuelve hácia este soplo bienhechor, que refresca el aire abrasador de sus desgracias, y se instruye de sus derechos cumpliendo con sus deberes. De esta manera, y por tan justos medios, consigue la Iglesia preponderar en el Estado, como el pontífice prepondera en la Iglesia, y así fué como la Roma católica llegó al apogeo de su grandeza. Digan lo que quieran sus enemigos, esta es la verdad histórica; el poder de Roma y su preponderancia, no pueden apoyarse en más legítimos derechos, no es una usurpacion como se quiere suponer, y ojalá todos los poderes fueran de igual orígen.

Pero al mismo tiempo que Roma conquistaba así la supremacía, el emperador se la disputaba. Así en oposicion estos dos poderes, debian necesariamente limitarse y restringirse uno á otro. Poner en armonía la Iglesia con el gobierno este-

rior fué el objeto á que se dedicó el clero; y es notable que el gobierno esterior hizo surgir de aquí graves conflictos que, más de una vez, pusieron en peligro la tranquilidad pública. Las providencias que tomó para dominar, no fueron las más equitativas, ni siempre moderadas, ni menos justas, como lo prueban siglo y medio de luchas para adquirir el derecho de investiduras, que todo lo confundió é introdujo en la administracion religiosa graves males, vicios funestos, detestables desórdenes; pero el poder temporal se estralimitó, y tan útil como hubiera sido obrando en consonancia con la Iglesia, tanto fué perjudicial por esta injusta contienda á la sociedad. Sin embargo, bien estudiada la historia, es preciso convenir en que esta lucha fué hija del peso de las circunstancias, y esta guerra era inevitable entre el espíritu y la materia, y supo de ella sacar la Iglesia grandes bienes en pro de la sociedad y de la civilizacion, haciendo desenvolver ideas que, de otro modo, jamas hubieran llegado á su desarrollo, y hubieran permanecido infructuosas y enteramente inútiles á la humanidad.

Es, pues, un error lamentable llamar á este siglo siglo de hierro; pues si bien es verdad que, tanto los individuos como las naciones, padecieron crueles sufrimientos, no lo es menos que la humanidad avanzó sencillamente al traves de estas pruebas que, en medio de tan opuestos ele-

mentos se colocó á una altura muy ventajosa. Así mirada la cuestion no podemos ser del número de los que califican este periodo del mas desgraciado de la raza humana; porque los hechos atestiguan que tanto la ciencia como la vida social caminaban en progreso, y esto es una prueba de que iban ganando mucho y colocándose en un terreno digno. Ademas, en esta época se verificó un grande acontecimiento, cual fué la fusion del mundo romano y del mundo germánico, para formar el mundo cristiano, y este solo acontecimiento basta por sí para enaltecer la época en que se verificó. El antiguo elemento del poder central ha perdido su energía, y no deja subsistir en adelante mas que el nombre del emperador; y de aquí tiene orígen la sociedad moderna. Al mismo tiempo que todo se fracciona hasta el estremo de que cada comarca se vea cubierta de pueblos diferentes con diversas leyes y distintas administraciones, subsiste un poder que proclama la unidad de las naciones; hay un elemento que las hermana; y este poder no es el de los filósofos, sino el del pontífice; este elemento no es la filosofía sino la Iglesia. Sí, la Iglesia por medio de su gefe es la que marcha al frente del mundo; el único poder que la salva, la única fuerza que la sostiene: á la Iglesia y á sus ministros debe la sociedad sus adelantos, la civilizacion sus progresos, la humanidad sus derechos. ¡Y aun se la acusa! ¡Y se escarnecen los

sacerdotes! aquellos sacerdotes que tanto la enaltecieron y que la elevaron á su dignidad! Tal es el poder de la ingratitud.

Si un dia se hubiera dicho que llegarian tiempos tan calamitosos en que el clero necesitaria justificarse, un grito de indignacion se hubiera levantado por todas partes, y las maldiciones del mundo hubieran contenido la lengua maldiciente que en él se hubiera cebado. Pero conocemos que los acusadores son en muy reducido número, que no tienen otra cosa en su favor que el cinismo, y por lo tanto los abandonamos á sus remordimientos, sin pretender otra venganza; y si hablamos es para que no se diga que no tenemos razon y porque se nos reta, y así proclamamos nuestras glorias porque las hemos ganado, y decimos que la unidad de gobierno es nuestra; porque solo la unidad espiritual que nos pertenece pudo crearla. Gran prueba de esto es que la unidad de las naciones no consiste en la unidad de gobierno, ni de nombre, sino en la identidad de ideas, de costumbres, de sentimientos, de lenguaje, de cultura intelectual, que son las que forman la unidad moral, que no está sujeta á la política, y que es la única que puede producirla y conservarla. En una palabra, la unidad general tan suspirada, no puede hacerse sino por medio de la religion y de sus ministros; y así aconsejamos á los utopistas no se fatiguen, ni molesten en buscar teorías, y por me-

dio de ellas plantear esa unidad; puesto que el que todo lo puede y todo lo sabe tiene dicho: "todas las naciones vendrán á postrarse á tus piés y te adorarán."

El clero, pues, en la época presente, en medio de las interminables disputas con el imperio, no perdió de vista su objeto principal; luchó, y de esta lucha sacó grandes ventajas en favor de la civilizacion y de la humanidad, y las referiremos en compendio para humillacion de cuantos le insultan. Entre estas son las mas notables los inmensos esfuerzos que hizo por todas partes, y los grandes sacrificios que le costó sacar al mundo de la barbarie: para combatir este monstruo que todo lo confundia, hizo que las leyes llegasen á ser estables, y que se redactasen por escrito: introduciendo su espíritu en la legislacion política y la moral, hace adoptar las tendencias de hacer cesar cuanto habia de movible en las naciones, los individuos y la propiedad. Coloca los idiomas caracterizados, y de aquí surgen las nacionalidades; sembrados están los gérmenes de todas las grandes reformas, y están sembrados por el sacerdocio, y en esta informe materia es preciso buscar las causas de las opiniones, de los sentimientos, de las instituciones y de cuanto existe en el dia. Allí es donde la nobleza encontrará sus títulos, y las familias ilustres su orígen: allí es donde se encuentra nuestra cuna, la de nuestro pueblo; entre

aquellos siervos que, bajo la proteccion de la Iglesia, por los trabajos del clero, de este clero sanguinario y cruel, se convirtieron en villanos, luego en hombres libres y últimamente en ciudadanos.

El hombre que ha debido combatir para defender, no contra ejércitos, sino contra húngaros y normandos, su campo, su casa, con cuanto esta palabra encierra mas dulce y sagrado, se adhiere con todo su afecto y piensa en crearse un bienestar en lugar de pensar en invadir el bien de otro, y esto lo sabia muy bien el clero, y tal fué la razon que tuvo para hacer los propietarios, y que fué esta obra suya lo dicen los concilios, y escritos están en sus cánones estos monumentos de su gloria antes que en ningun otro código. Constituido el hombre en propietario, cesa aquel vértigo de conquista que agitó la Europa por espacio de tantos siglos; hácele despues imposible el feudalismo fraccionando las naciones y las provincias, y encadenando á la tierra los honores, los nombres y hasta la existencia.

Empéñase despues una lucha entre el papa y el emperador, cada uno esgrime sus armas; el papa las de la razon y las ideas, el emperador sus lanzas y sus espadas; los dos quieren apoyarse en los hombres, y entonces el sacerdote les enseña á formar su opinion, y de este modo á formarse una conciencia de su valor; entonces supo el hombre

que tenia derechos, que podia elegir porque los dos apelaban á su eleccion, y el clero supo hacerle conocer su valor porque de esto pendia el triunfo de las ideas, y así le enseñó á conocer que habia un poder sobre el de la fuerza de las armas, que era el de la fuerza de la opinion, y de este modo le puso en el caso de acudir á su razon para meditar á quién habia de auxiliar con su espada, con su oro y con sus convicciones; así fué que, merced al clero, conoció cuán grande era el poder de este oro, de este acero y de esta fuerza moral, y como era natural, quiso emplearlos en asegurar y aumentar los derechos que el clero le habia enseñado á conocer, que el clero habia iniciado, que el clero le habia conquistado y enseñado á apreciar, y merced al clero se vió en el caso de sostenerlos. ¿Díganme ahora los filósofos si han hecho más por el hombre, díganme si hoy, cuando proclaman sus derechos, lo hacen con este desinteres, ó si es cierto, como los hechos pregonan, que solo se sirven de ellos para esplotarlos en su obsequio, y que al obligar al poder combaten lo que defendian, y no se invierten mas que en despotizar y tiranizar á los mismos que engañaron vil y bajamente llamándolos *pueblo soberano?* ¡Ah! respondan por nosotros las naciones, respondan los engañados. Ellos confirmarán nuestras palabras, porque son la verdad, y la verdad probada por los hechos, y hechos que no cuentan si-

glos, sino años, dias, meses, horas, que no nos los han contado, sino que los vemos; y contra esto no hay teorías, no hay discursos, no hay elocuencia, porque todo se estrella contra ese muro que no puede escalar la palabrería, la farsa ni el error, por mas que se disfrace.

Si este apoyo presta el clero á la humanidad y de este modo forma la política elevando al hombre á su dignidad, no es menos interesante el papel que representa en el campo de la literatura, ni menos generosos los esfuerzos que hace en su obsequio, y de este asunto vamos á tratar con breve y clara concision. La literatura conservaba su movimiento pero se arrastraba trabajosamente hácia su objeto, porque el siglo era un siglo de armas y combates en el que imperaba la fuerza, que nunca fué la protectora del saber, puesto que los campamentos y las cátedras son dos fuerzas rivales que están en continua lucha, son dos oposiciones que mútuamente se repelen, se rechazan, se escluyen; mas sin embargo, en esta época abundaron los talentos escogidos, más de lo que podia esperarse de una época dominada por la guerra, las turbulencias, los motines, y es tanto mas cierto nuestro aserto, cuanto la literatura tiene un sello que la hace muy recomendable en medio del desquiciamiento en que estaba el órden, y la anarquía que todo lo envolvia. Digna es de particular atencion, si no por los resultados que consi-

guió, al menos por la actitud que tomó, por su tendencia á las ideas prácticas y por los esfuerzos que hace por aunar lo antiguo con lo moderno, la filosofia con las ciencias divinas, y en esto estriba su mérito, aquí está su carácter distintivo, y es seguramente lo que la hace acreedora á la mayor consideracion.

Conocemos que no todos participarán de nuestra opinion, que habrá muchos que disientan de ella, otros que lo atribuirán á una ridiculez y hasta á necedad; nosotros, sin embargo, suplicaremos á nuestros lectores una cosa, y es, que tengan presente que los literatos de este siglo eran *sacerdotes*, y esto basta para que nuestros acusadores lo critiquen y desprecien; así como es suficiente para que nosotros los encomiemos, con lo cual puede conocerse muy bien la divergencia de opiniones, su causa y su orígen; pero resta algo, y es, saber de parte de cuál está la razon, y aquí es donde yo apelo y suplico imparcialidad y criterio; para esto empiezo por reconocer que en aquella época la literatura no tenia las formas elegantes, ni la belleza de estilo que en la nuestra; pero no es la culpa de los que á ella se dedicaron; todos sabemos que á medida que el mundo adelanta, las ciencias, las artes y la literatura progresan, y que en medio de las circunstancias que rodeaban á los hombres y ofuscaban las imaginaciones, cuando la incursion de los bárbaros todo

lo habia destruido, estos hombres tuvieron que crear y no tenian el poder de Dios para sacar las cosas de la nada con un *hágase*, y por consiguiente que cualquier cosa que hicieron fué mucho hacer; ademas, prescindiendo de esto, encontramos que en aquellas cartas de los emperadores y los pontífices que con motivo de sus querellas redactan aquellos clérigos, si carecian de futilidades sonoras, estaban llenas de energía y dignidad, y en sus líneas brillaba el fuego de una lengua viva y una razon digna de los tiempos mas ilustrados. Esta sencilla razon creemos suficiente mérito para que aquella literatura, no solo no se desprecie, sino que merezca una recomendacion en la república de las letras, y sus autores, aunque *clérigos y monjes*, el dictado de sus patronos, y patronos que se consagraron á los trabajos por el bien de la humanidad y de la civilizacion, lo cual seguramente no podrán decir sus acusadores, de cuyas teorías tan tristes recuerdos tiene la sociedad.

Nuestro cuadro social toca á su término, y muy escasas palabras vamos á decir para terminarle, y éstas serán respecto al mahometismo. Siguen su curso las dos civilizaciones mahometana y cristiana; los imperios de Constantino y Mahoma se disputaban el dominio del mundo, y estamos en el caso de ocuparnos de ellos. Hay movimiento en el primero, pero es ya un cadáver en putrefaccion: lleva el antiguo orgullo en las discusiones

sofísticas, en su pretension de dirigir las conciencias, en su estrañamiento para aquella unidad que hace la fuerza de la Europa. No es mejor la suerte del otro; tambien se descompone. Elévanse dinastías y son derribadas á la vez; se multiplican los parricidas y fratricidas; y sin embargo, la suerte de la humanidad no se mejora, no obtiene ni dignidad personal ni derechos. Edifican los musulmanes, es verdad, pero sus edificios no se elevan sobre terreno firme, sino sobre arena movediza, conservando siempre algo de su naturaleza nómada y trasladándose continuamente de la Meca á Damasco, Basora y Constantinopla: Basora, que aguarda la subida de las aguas, no como Egipto para fertilizar los campos, sino para su ruina y despejo: vendrá la invasion de las aguas y su esfuerzo añadirá pronto al golfo pérsico llanuras otros dias florecientes: Constantinopla aguarda las invasiones de la Rusia, y no sabemos si las cúpulas de la reina del Bósforo están destinadas á tremolar el pabellon moscovita, y la ciudad de los minaretes á ser hollada por los caballos del Don. ¡Misterios de la Providencia que no puede el hombre comprender! Ayer el poder, mañana la debilidad, el apogeo de la gloria pasó, y en su periodo descendente hoy el imperio de los sultanes, no puede ni aun defender su casa. No estamos en los tiempos presentes, sino en el siglo XI; y así dejaremos de hablar de lo que vemos para ocuparnos

de lo que fué; y trasladándonos al siglo referido, concluiremos nuestro trabajo, dejando para cuando hablemos del siglo XIX, las reflexiones que el estado actual de cosas avoca á nuestra imaginacion que entonces estarán en su lugar y nosotros no habremos pasado los límites que nos hemos propuesto, ni invertido el órden establecido.

Hemos hablado de los dos imperios, hemos visto su estado; pero este estado no se ve jamas en su verdadero punto de vista, sino cuando las dos civilizaciones se presentan en relieve; los Estados son lo que su civilizacion, y ésta lo que los elementos que la constituyen. Así planteada la cuestion, los musulmanes llevan la ventaja. En literatura pueden citar hombres eminentes, en cuya presencia los europeos no tienen lugar: en ciencias bastan á probar su superioridad Al-Mamun, Almanzor, Mahamud Gaznevide, Djelaleddin, Ferdonsi, Avicena y otros mil considerados por sus contemporáneos como los maestros, y tan célebres que á sus escuelas venian de todas partes á recibir el agua saludable de la ciencia. Llenos están los anales de estos hombres eminentes que, para civilizar el mundo, llenaron las universidades de Córdoba y Toledo. El pueblo musulman conservaba y cultivaba la ciencia, y con tanto gusto, que la Europa les debe el invento del papel, las armas de fuego que por primera vez tronaron en Alge-

ciras, y en química aun conservan su nomenclatura árabe los Alcalis y Alambique; en agricultura hablará en su favor la acequia de Valencia, la huerta de Murcia, y el comercio les debe un impulso admirable y ese movimiento que se notaba en todos sus puertos, que con su vencimiento quedaron desiertos: sus artes estaban tan adelantadas como lo dicen Córdoba y Granada, la mezquita mayor, la Alhambra, el Generalife: en las mecánicas sus ricos bordados, sus buenas espadas, sus escelentes sedas y sus armaduras, y en costumbres su nobleza y fidelidad, de que son testigos los torneos, las justas, los palenques, los campos pedidos por los cristianos para dirimir sus querellas bajo la salvaguardia de sus leyes hospitalarias.

Cuando se contempla la historia, cuando se analiza, parece que todo presagia el triunfo musulman y el afianzamiento de su poder; pero algo se echa de menos para que así suceda, y no es la ciencia ni ninguno de los elementos civilizadores, que en el dia se tienen como base de los Estados por nuestros filósofos, de ninguno carecian los hijos del profeta, y en todos nos sobrepujaban; mas sin embargo, fueron vencidos. ¿Y por qué? Esta es la pregunta que yo hago á nuestros impugnadores. ¿Por qué con tan buenos principios, con tantos elementos, no adelantaron? ¿Lo ignorais? ¿No respondeis? ¿Es que no sabeis ó que no que-